

REFLEXIONES DE JUAN MORENO



El Comité Editorial de Puente @ Europa pidió a Juan Moreno, miembro de la sección de relaciones exteriores del Comité Económico y Social Europeo y responsable para América Latina de la Confederación Europea de Sindicatos, algunos comentarios sobre la presentación de este número.

Sobre la primera interrogante: ¿es posible hablar de relaciones entre Europa y América Latina? La respuesta para mí sólo cabe en sentido afirmativo. Las relaciones Europa-América Latina existen, es un hecho, por lo que obviamente y en cualquier caso es posible hablar de ello, sobre todo teniendo en cuenta que estas relaciones, aun siendo importantes desde un punto de vista económico, trascienden ampliamente esa esfera y se desbordan en otros ámbitos no menos importantes para las personas de ambas regiones.

No comparto del todo el primero de los fundamentos de ese interrogante. Me refiero a que haya más desequilibrios internos en América Latina que en la Unión Europea.



recordar que la política de cohesión económica y social europea no se basa en los criterios (no sustancialmente) de solidaridad tanto como en un inteligente intercambio mediante el cual, unos, los más retrasados, reciben fondos con los que se desarrollan sus infraestructuras comprando los materiales en los países “donantes”, mientras que estos últimos “colocan” sus excedentes en los nuevos y accesibles mercados, comprando empresas en esos países o instalan las propias en ellos.

En España se han expresado algunos temores por la inminente pérdida de los fondos comunitarios, que pasaran a los países nuevos del Este. Pero las hoy modernizadas empresas españolas, saben que solo así, mejorando económicamente esos países y elevando el nivel de vida de sus gentes, el gran mercado europeo va a engrandecerse aún más y ellas serán las primeras en beneficiarse.

¿Es la Unión Europea (como se presenta a menudo al mundo) portadora de un nuevo modo de hacer política exterior?

Aquí la respuesta es más pesimista. Maurice Duverger dijo hace tiempo que la Unión Europea es un gigante económico y un enano político (también habló de la liebre liberal y la tortuga europea), y eso no ha cambiado. Por el contrario se ha reafirmado. Al cargarse el proyecto de Tratado constitucional, la mayoría conservadora y neoliberal (con el concurso involuntario y ciego de cierta izquierda radical) ha afianzado sus objetivos de siempre de mantener a la Unión Europea en los límites de un gran mercado.

En los años ochenta, Thatcher hubiera querido incluso que la Unión Europea no pasara nunca de unión aduanera reforzada, pero la dama de hierro se encontró con un caballero no menos sólido: Jacques Delors. Gracias al sostén que le dieron líderes socialistas del calibre de François Mitterrand y Felipe González o el democristiano Helmut Kohl, convencidos de que para superar los problemas del empleo había que remar en la dirección de la unidad europea, Delors dio un fuerte impulso a la Unión Europea. No alcanzó todos sus objetivos, pero la moneda única, la cohesión territorial y algunos elementos de política social común son ya irreversibles.

Si no hay unión política en la Unión Europea, menos puede haber política exterior, que es la parte más delicada pues afecta de lleno a la soberanía de los países. La propaganda bienintencionada de la Comisión Europea es la que exagera las posibilidades de su acción exterior. Pero los medios para hacer de Europa un actor político mundial son muy limitados y es necesaria la unanimidad de todos sus miembros, difícilmente alcanzable, para que la Unión Europea hable con una sola voz. Hemos visto las consecuencias en Iraq y Oriente Medio en general. La vimos dramáticamente en la ex Yugoslavia. E incluso en Colombia o Cuba.

En un plano más modesto, es posible que la Unión Europea realice (y de hecho las realiza) acciones parciales positivas en el sentido del reforzamiento de las democracias en el mundo, en impulso de políticas de cohesión social, etc. En ese sentido una de las iniciativas más importantes de la Unión Europea ha sido la asociación bi-regional Unión Europea-América Latina y el Caribe, pero por el momento esto está en mantillas. Se han aprobado unos acuerdos de cooperación y dialogo político con varias sub-regiones y dos limitados acuerdos de asociación (que incluyen una zona de libre cambio) con Chile y México. Pero poco más ha dado de sí, desde el punto de vista político estratégico, hasta ahora, esa asociación bi-regional que de momento solo se concreta en cumbres de gobierno bi-anales rutinarias y poco efectivas.

La joya de la corona de esa asociación sería el acuerdo con Mercosur, totalmente embarrancado desde hace años por diferencias en las ofertas de liberalización comercial. Son los Estados miembros quienes tienen que firmar y no la Comisión, que solo tiene delegado un mandato (las direcciones generales de Comercio y Relaciones Exteriores) sujeto a que el contenido no lesione los intereses comerciales de ninguno de los estados. Lo primero es desbloquear las negociaciones con Mercosur. Si de verdad esta es la gran prioridad de las relaciones exteriores de la Unión Europea, es preciso que sus ofertas

Yo creo que en América Latina y Caribe hay un cierto “equilibrio” negativo en el sentido de que son muchos los países que tienen en su interior falta de cohesión, pobreza, etc. Es decir que la desigualdad es, sobre todo, dentro de cada uno de los países (especialmente en algunos grandes como Brasil, donde hay zonas de gran desarrollo “a la europea” y otras muy parecidas a las más pobres de África). Y hay, también, un equilibrio positivo de cara a una integración política en el aspecto lingüístico (y cultural) donde son menos, y más afines, las grandes lenguas del sub-continente.

En Europa, hay que tener en cuenta que los nuevos países de la adhesión están mucho más atrasados que la media. Y aunque no es este el lugar para desarrollarlo, la llegada de estos países con heridas aún no curadas sobre su pasado comunista, aporta un elemento de inquietud sobre el modo de entender la integración europea, pues algunos de sus dirigentes son más proclives a un modelo de capitalismo salvaje a la americana que a los valores de mercado con democracia social en los que se basa la Unión Europea. Más inquietante aún es en algunos casos, como el de Polonia, en los que el gobierno utiliza los mismo argumentos antieuropeos que la extrema derecha francesa u holandesa: la homofobia, la xenofobia y la carga a los inmigrantes de los problemas de seguridad y desempleo.

Precisamente, uno de los logros más importantes de la construcción europea (el segundo diría yo, después de haber alcanzado el mayor período de paz en el continente en varios siglos) es haber desarrollado grandes políticas de cohesión territorial que han permitido a países como Irlanda, España, Portugal y Grecia recuperarse de un grave retraso en relación a sus vecinos. E incluso, a los dos primeros, de situarse sobre la media comunitaria en la mayoría de los parámetros económicos.

Y eso pasará, espero, en lo que se refiere a los países de la reciente adhesión, algunos de los cuales deberán recibir importantes fondos y ayudas para beneficiarse del mercado único. No hace falta

sean aceptables para el Mercosur, para lo que hay que partir de un reconocimiento efectivo de las asimetrías entre los dos bloques.

Puesto que el modelo propuesto por los europeos es el de los “acuerdos de asociación”, si no se alcanza un acuerdo con la principal sub-región antes de la cumbre de Lima, en 2008, todas las relaciones Unión Europea - América Latina y el Caribe habrán fracasado, que el resto de países (incluidas las negociaciones con Comunidad Andina y América Central) perderán la confianza en que la Unión Europea sea un socio diferente de Estados Unidos.

Los sindicatos (en declaraciones conjuntas de las organizaciones europeas y latinoamericanas) también hemos expresado posiciones similares a la aludida por el Parlamento Europeo, en el sentido de que las negociaciones no se limiten a los aspectos comerciales, sino que se insista además en aspectos no comerciales, “como la seguridad regional y la gobernabilidad democrática, los movimientos de personas y de trabajadores, la gestión en común de ecosistemas y cuencas hidrográficas, así como la integración física y las infraestructuras”, manteniendo, al mismo tiempo, la integración regional como “eje prioritario de apoyo al desarrollo en la región”. Pero creemos además que es preciso que los tres capítulos básicos de estas negociaciones -el comercial, el de cooperación y el de diálogo político- se amplíen a un cuarto y esencial apartado: el de la dimensión social y laboral.

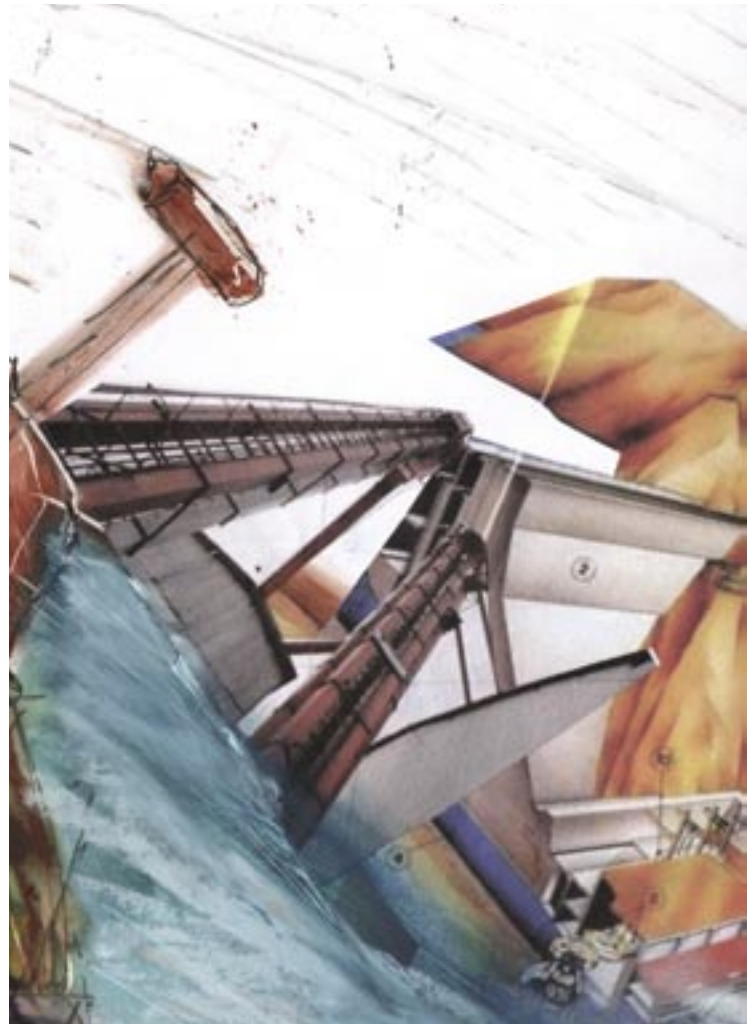
Y que los convenios fundamentales de la Organización Internacional del Trabajo, se recojan, y no de forma ritual, sino plasmando mecanismos de vigilancia y seguimiento de la actitud de las empresas, empezando por la multinacionales, a este respecto.

Precisamente uno de los riesgos que acecha a la imagen negociadora de la Unión Europea es que estas negociaciones sean equiparadas con los distintos tratados de libre comercio estadounidenses que en muchos países han sido fuertemente contestados por la población. Y aunque técnicamente son muy diferentes, al incluir los de la Unión Europea el diálogo político y la cooperación, muchas veces, incluso los portavoces europeos, se olvidan las otras dimensiones y se pone el énfasis en lo comercial.

Por ejemplo, el hecho de que el mandato negociador para Centroamérica abunde en temas comerciales y de inversiones, ha sido interpretado por las gentes más reacias a las negociaciones, como una muestra de que la Unión Europea busca un simple acuerdo de libre comercio. La explicación oficiosa es que al estar los temas de diálogo político y de cooperación ya acordados¹ es normal que el mandato se extienda en la descripción de los nuevos temas comerciales.

Partiendo de que el libre comercio no es objetable por principio, y menos aún en la actual fase de globalización económica, es cierto que si no se formulan las liberalizaciones arancelarias de forma asimétrica y si no se acompaña el proceso con ayudas compensatorias para la parte más débil, la asociación económica no saldrá adelante o no cumplirá con el objetivo de mejorar la cohesión social de los países socios de la Unión Europea.

Es verdad que la ayuda de la Unión Europea es ya muy importante en la Comunidad Andina, en Centroamérica, y en general en toda América Latina y el Caribe. La cooperación va dedicada en gran medida al fomento de la integración y de las instituciones regionales pero también se han dedicado importantes sumas a objetivos concretos, como los procesos de paz (solo para Colombia unos 300 millones de euros). Centroamérica ya recibió en el anterior programa de cooperación alrededor de 600 millones de euros (fuera de las ayudas extraordinarias para catástrofes naturales y fuera de la aportación de los Estados miembros), y en su intervención en un foro que tuvo lugar en Tegucigalpa (Honduras) el responsable de la Comisión Europea para Centroamérica, Petros Mavromichalis, anunció un incremento: “Centroamérica es quizás la región en la cual la Unión Europea ha mantenido y sigue manteniendo el compromiso de solidaridad y cooperación al desarrollo *per capita* más elevado del mundo: para el período 2007-2013 se plantea desembolsar unos 1000 millones de euros”.



Hay otros dos temores que suelen expresarse por parte de sectores de la sociedad civil. Uno es que la Unión Europea aproveche las negociaciones para imponer privatizaciones y sobreproteger sus inversiones. El otro es que el grado de corrupción de algunos gobiernos centroamericanos (que ya infrautilizan o desvían la cooperación) sea un factor de debilidad para los intereses de los pueblos centroamericanos.

Aunque la Unión ha dado algunas garantías de cara a la negociación (especialmente al gobierno boliviano) diciendo que la penetración futura de las empresas europeas no depende esencialmente de los acuerdos de asociación, como lo prueba su fuerte presencia, sí parece justo que se exija el predominio de las legislaciones nacionales en materia de privatizaciones u otros temas sensibles.

Creo que será decisivo para el éxito de unas futuras relaciones equitativas entre los pueblos de América Latina y Europa el protagonismo de la sociedad civil. Los sindicatos, los movimientos de derechos civiles, de mujeres, de campesinos, las organizaciones no gubernamentales debemos exigir canales de participación en las negociaciones que no se limiten a cumplir con la formalidad y debemos fortalecer redes permanentes que enlacen a las organizaciones del mismo tipo a uno y otro lado del Atlántico.

Notas

¹ Se refieren al acuerdo de diálogo político y de cooperación firmado en diciembre de 2003, y que, técnicamente, se considera un acuerdo-puente hacia el acuerdo global, es decir, el de asociación, que va a negociarse ahora.